



Nuestros Obispos invitan al diálogo

“Quienes no son personas de diálogo son fanáticos: se desconocen a si mismos y desconocen a los demás. Uno se realiza y se conoce a si mismo mediante el intermedio del “otro”. Al destruir el diálogo, uno se destruye a si mismo y al otro.

Por eso, el diálogo nos hace pasar de lo individual a lo universal, y es un reconocimiento de la libertad. Al tratar al otro como “socio”, se abandona el enfrentamiento precisamente mediante el reconocimiento.

Por tanto, el problema del diálogo es el mismo que el de la palabra. La palabra no parte del monólogo, sino del diálogo. Por su naturaleza, el lenguaje no es de uno solo, sino de varios: es algo que sucede *entre personas*. El lenguaje así manifiesta el ser comunicativo del hombre. El monólogo tienen el peligro permanente de llevar a la locura; en cambio, el intercambio con los otros es el comienzo de la sabiduría. «Cualquier monólogo es descabellado, escribe Eugenio d’Ors. Gracias al diálogo el alma de los demás penetra en la nuestra por intersticios, como el peine entierra sus dientes entre los cabellos en desorden. Entra el peine, despliega los cabellos y los ordena». La prueba del diálogo es así la primera piedra del universalismo y la más decisiva. En Homero, la palabra siempre tiene alas, pues igual que el pájaro no puede volar indefinidamente y necesita encontrar el lugar donde posarse, del mismo modo la palabra alada necesita posarse y ser escuchada. El signo distintivo de la persona de diálogo es que sabe escuchar y hablar, quizá mejor escuchar.

El sentido del diálogo, entonces, es a la vez el de un encuentro y un reconocimiento. El ideal humano es la ciudad de los filósofos, es decir, de personas de diálogo, en la cual debe excluirse cualquier violencia.”

Jean Lacroix, *Le sens du dialogue*, pp.125-127

Este texto de uno de los pensadores franceses más importantes del s. XX (1900-1986), traducido aquí para ustedes, nos indica que es mejor amar a los “socios” que a los “partidarios”. Un bebé a quien no se le habla, permanece balbuceando y será inseguro. Un joven va madurando y creciendo cuando descubre que ha ampliado la red de sus relaciones y que no sólo dirige la palabra a los coetáneos, sino a cualquier persona que encuentra por su camino. Recuerdo que mi padre, cuando era joven estudiante de derecho, sin que me diera cuenta me observaba desde la azotea de nuestra casa, detenido yo por un barrendero que me preguntaba algo, no recuerdo ahora bien qué. Me detuve y respondí lo mejor que pude. Entré en casa, me senté a la mesa y durante el almuerzo dijo mi padre: *Me gustó que un muchacho universitario de 17 años, bien vestido, hubiera hablado con el barrendero. Te felicito. Vos vas a la universidad de los libros, y el barrendero tiene la universidad de la calle. Tendrás mucho que aprender de cualquiera, menos de quienes viven en su egoísmo*. Podemos aplicar esto a lo que pasa en nuestro país: es una República federal y democrática, regida por una Constitución y por las leyes. No se puede gobernar sin dialogar con cada uno y con todos. No se puede gobernar para los “amigos”. Somos todos “socios” de la misma humanidad. (ODS)

¿Qué se gana durmiendo el domingo?

¿Cómo podemos vivir sin el Domingo? ¿Sin celebrarlo en la comunidad cristiana? ¿Cómo admitir que las fiestas sean de modo permanente en sábado y el domingo se dedique a dormir, sin ganas de nada? ¿No es acaso el Domingo el día en que Cristo nos dice: *Despiértate, tu que duermes y te iluminaré?*

“Guardamos” el Domingo. El Domingo de la Resurrección fue un día bien diferente a cualquier otro día. Un día superior: día repleto de acontecimientos deslumbrantes... Cuando llega el ocaso del Domingo – algunos dicen erróneamente que se debe a que el lunes es insoportable – cuando llega ese ocaso del Día más hermoso con el cual comienza la semana, sucede como si la promesa de Dios se ocultase, así como el sol se oculta en el horizonte. Cuando era niño, ya sea en el campo, o mirando hacia el mar, alguno de nosotros exclamaba: “¡Miren, miren: como se va el sol!”, y lo único que quedaban eran las nubes todavía destellando los colores de aquel sol que nos había alegrado el Día. Esas nubes se parecían – ahora lo pienso – a todos los movimientos de nuestra alma y de nuestras imaginaciones referidas a lo que no vemos y, sin embargo, creemos con fuerza.

Domingo tras Domingo, especialmente el Domingo de la Pascua, entramos en el acontecimiento mismo de la Pascua. El Domingo no es sólo recuerdo de la Pascua, sino retorno del mismo evento que una vez por todas logró el triunfo de Dios sobre la muerte. Por eso, podemos preocuparnos por las cosas celestiales, si bien las cosas que suceden en nuestra tierra, nos pongan los pelos de punta.

Cada Domingo es la promesa de que este tiempo de amarguras, dolores,

fracasos y ansiedades concluirá. Que habrá un tiempo fuera del tiempo en que seremos felices sin que nada empañe la felicidad.

Nuestras fiestas ocurren en un mundo violento, de pecado, de ambiciones, de mentiras, de traiciones, de pactos incumplidos, de amistades rotas, en el cual la euforia viene de las drogas y no de una conciencia recta. Es también el mundo de una Iglesia imperfecta. Sin embargo, en este mundo de aquí es donde aprendemos a pregonar el anticipo del momento en el cual, quienes hemos sido leales, nos encontremos en el Banquete final.

Por esa razón hay pocos “domingos después de Pascua”. En realidad, no son “domingos de Pascua”, sino forman la “Santa Pentecostés”. Esa Santa Pentecostés son los Cincuenta días pascales en que se nos da el Espíritu Santo para probar el gusto delicioso de la gloria. Cuando terminan los Cincuenta Días, todo se denomina “después de Pentecostés”: domingo durante el año. Y cada católico siente la nostalgia de Aquel Domingo superior a todos en cuya madrugada Jesucristo salió del sepulcro – al Tercer Día – y resucitó.

Hace poco se descubrió en las excavaciones debajo de la basílica vaticana un mosaico romano de algunos cristianos de la primera hora. En el centro está el sol, delante un carro tirado por cuatro caballos por un hombre joven vestido de blanco cuya cabeza sobresale en medio de ese sol que está en el fondo. No lleva bandera, sino el madero de la Cruz. Los cristianos cambiaron el antiguo mito griego de Prometeo que trae el fuego a la tierra, por este Cristo Resucitado que enciende cada luz y nos transforma a todos y a cada uno.

El Servidor de Gabriel

Caritas

Hemos enviado ropa, alimentos, medicinas y útiles a las siguientes comunidades:

Santiago del Estero

Nueva Esperanza	Dominicas	125 k.
Colonia San Juan	Misioneras de Jesús	125 k.
Tacañitas	Hnas de S. Carlos	125 k.
Monte Quemado	Hna. Magdalena	125 k.
Quimilí	Hnas de la Cruz	125 k.

Misiones

El Dorado	Hna. Ana María	175 k.
-----------	----------------	--------

Entre Ríos

Gaucha Rivero	Hna. Mariana	225 k.
---------------	--------------	--------

Río Negro

El Bolsón	Diac, Hugo	175 k.
-----------	------------	--------

Chaco

Las Hacheras	Hna. Carmen	125 k.
--------------	-------------	--------

Total: 1.325 kilos = 1 tonelada 325 kilos. Gracias a las damas de la Fraterna Ayuda Cristiana por esta tarea de nuestra comunidad. El don del Espíritu nos impulsa a brindarnos a los excluidos.

Jóvenes ancianos y ancianos jóvenes

En el lenguaje común solemos hablar de *ancianos*, o *viejos*. Esa expresión proferida sin conocer la exacta edad de los otros, proviene de una comparación: son *mayores* que otros que son *jóvenes* (*menores*). Por consiguiente, decir *anciano* o *viejo* indica una discriminación, que implica una comparación con quienes tienen menor edad. Ahora bien, no sabemos nada de esos *ancianos*, de sus vidas, trabajos, investigaciones, estudios, familias, problemas. Sólo sabemos que son *viejos*, que sus rostros tienen arrugas o que carecen de cabellos tupidos o que caminan con dificultad. Entonces, hacemos unos juicios sobre *lo que vemos*, y por lo tanto, nos equivocamos, pues la vista no es el principal medio de conocimiento que tenemos, como quedó demostrado en la metáfora de la cueva en Platón.

También hablamos de los jóvenes, de quienes nada sabemos, ni sus vidas, ni sus dolores, ni sus infancias, ni sus abandonos, ni sus aptitudes, ni sus esfuerzos, ni sus éxitos, ni sus fracasos. Sólo sabemos que son *jóvenes*, que tienen rostros tersos, lindos cabellos, movimientos rápidos, y respuestas fáciles. Aquí también hacemos un juicio sobre *lo que vemos*, e igualmente cometemos un error, pues para hacer un juicio de valor se necesita algo más que la vista y el oído.

Lo cierto es que si seguimos usando esas palabras, deberemos matizarlas: hay jóvenes ancianos y jóvenes propiamente dichos; hay ancianos jóvenes y ancianos propiamente dichos. Jóvenes ancianos son quienes no ocupan el lugar que les corresponde: desprecian la sabiduría y la historia de quienes transmiten las tradiciones, la lengua y la cultura de los pueblos. Jóvenes propiamente dichos son aquellos que jamás se lamentarían de tener que visitar a sus abuelos – por más edad o enfermedades que tengan – sino que lo harían con la actitud de quien honra y respeta a quienes han transmitido la vida a los padres, antes que nada. Son quienes tienen la capacidad de relacionarse y comunicarse con quienes tengan cerca. Ancianos jóvenes son quienes están convencidos de que su edad no les impide adecuarse al contexto en que viven, conocen la nueva tecnología, y no se cansan de transmitir lo recibido de sus antepasados. Ancianos propiamente dichos son quienes han “tirado la toalla” y ya nada les interesa: piensan que ya hicieron su parte y han terminado. Para estos el pasado es “perfecto” en el sentido inglés de la palabra *past perfect*: “pasado terminado”.

El Servidor de Gabriel

El *resentimiento* y el altruismo

A veces la ayuda a los demás es una forma de escapar a uno mismo. Hay un “amor” que proviene del odio a uno mismo y a la propia miseria. Entonces, algunos se entregan a la ayuda, no por la dignidad de la otra persona, sino sólo porque es “otro”.

A este fenómeno le han puesto un lindo nombre: *altruismo*. Consiste en perder la vida, el tiempo y el dinero para “ayudar” a otros. Es bien sabido que nadie puede dar lo que no tiene. Los altruistas carecen de amor a si mismos y no aman nada de aquellos a quienes “ayudan”.

Muchos ateos, agnósticos, socialistas, liberacionistas, guerrilleros y simpatizantes, como son impotentes para enfocarse a si mismos y solucionar sus propios problemas, se dedican a una tarea hacia “los otros”, porque – según dicen – tienen *conciencia social*.

El error de esta postura es pensar que amar es mirar lejos de uno mismo. El altruismo no tiene nada que ver con el amor auténtico. Los envidiosos, los impotentes, los rencorosos, los vengativos y los resentidos en general dicen que se olvidan de si mismos para pensar “en los sentimientos de los demás”.

Nuestro Señor Jesucristo fue explícito: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Marcos 12:31). Es imposible amar a nadie cuando uno no se ama, ni ha recibido desde el seno materno las muestras del verdadero amor de su padre y de su madre.

El Servidor de Gabriel

Visiten nuestro sitio : www.fundaciondiakonia.org.ar

No tire este boletín. Páselo a otra persona, en especial a jóvenes estudiantes. *Guía y Consejo* es una enciclopedia de sabiduría según la tradición católica.

INFORMACIONES UTILES

Templo abierto: Lun. a vier. de 8.30 a 12 y de 16 a 19 hs. – Sáb.: 10 a 12 y 16.30 a 19 hs. - Dgos de 9 a 13 hs.

Horarios de Misas: Dgos: 10 y 12 hs. - Lunes a jueves: 9 hs - Viernes: 10 hs - Sábados: 18 hs.-

Días 29 : 8, 10, 16, 18 y 20 hs. y bendición a los enfermos. Adoración: primeros viernes 19 a 20 hs.

Secretaría: lunes a viernes de 9 a 12 y de 16 a 19 hs.- Sáb. 10 a 12 hs – Reconciliación: Sáb. 16.30 a 17.30 hs

Los sábados de Cuaresma y del Adviento hay Oración matutina en silencio por la mañana.

En los otros tiempos hay Sesiones de Oración Sanante (SOS) los viernes a las 16 hs.

Nuestro sitio en la Telaraña del Ancho Mundo (Worldwide Web): www.sangabriel.org.ar–

Parroquia declarada “Institución ilustre” de la ciudad de Buenos Aires.

Recuerden en sus donaciones en vida a la *Parroquia S. Gabriel Arcángel de Villa Luro* y a la *Fundación Diakonía*..

Nuestra comunidad se mantiene mediante el sostenimiento de sus miembros por sobres mensuales. Ayúdenos.

Parroquia San Gabriel Arcángel de Villa Luro - Av. Rivadavia 9625 – C 1407 DZF Buenos Aires, Argentina

Párroco: Mons. Dr. Osvaldo D. Santagada -

Tel. (54)11.4635:1888 - www.sangabriel.org.ar – correo-e del párroco: siervodegabriel@yahoo.com.ar

Boletín gratuito: n. 785 – (20 de abril de 2008)

Se permite el uso, con mención de la fuente: “Guía y Consejo” San Gabriel Arcángel